

DIÓGENES EN EL NUEVO MUNDO: “UN OBSTÁCULO, UN ESCOLLO QUIZÁ”*

*Gilberto Triviños** y María Nieves Alonso****



G. Triviños, M.N. Alonso

A. LA CONTROVERSIA QUE (NO) DETUVO LA CONQUISTA

ESCENARIO: Valladolid. Años: 1550-1551. Acontecimiento: “Reunión de hombres sabios, teólogos y juristas, con otros de acuerdo con su voluntad”. Convocantes: El rey español y su Consejo de Indias. Razón: “Discutir y considerar la manera en la cual las conquistas (en el Nuevo Mundo) deben realizarse a fin de que se cumplan de acuerdo con la justicia y con la tranquilidad de conciencia”. Principales protagonistas: Bartolomé de las Casas y Ginés de Sepúlveda. Estilo de argumentación: “Una extraña mezcla de pasión y erudición”. Testimonio de la importancia de la controversia: El rey decreta el 16 de abril de 1550 que todas las conquistas en el Nuevo Mundo deben suspenderse mientras en España se decide sobre la forma más justa de realizarlas. Desenlace: “Los hechos disponibles no confirman la victoria de ninguno de los contendientes”.

Un primer dato de interés sobre esta controversia es la tendencia de los historiadores a narrarla empleando las formas arquetípicas del relato épico. La llaman “combate”, “lucha”, “batalla”. La relación previa entre los “conten-

*Este artículo forma parte de la investigación “La metamorfosis del rostro del bárbaro en el Reino de Chile”, aprobada y financiada por FONDECYT (Proyecto 1990468).

**GILBERTO TRIVIÑOS: Dr. en Literatura Hispanoamericana, ensayista, crítico, profesor del Departamento de Español de la Universidad de Concepción.

***MARÍA NIEVES ALONSO: Dra. en Filología Romance, ensayista y crítica literaria. Profesora del Departamento de Español de la Universidad de Concepción.



dientes” se interpreta del mismo modo. Así, por ejemplo, leemos en la narración de *La humanidad es una*: “Preludio a la batalla entre Las Casas y Sepúlveda en Valladolid... Primeras escaramuzas (1547-1550)... Cuando Las Casas llegó a España, en 1547, empezó de inmediato a prepararse para la batalla... Los dos Tratados que Las Casas preparó para el combate contra Sepúlveda...” (Lewis Hanke).

Este modo de narrar no es irrelevante. Permite advertir, por el contrario, que las empresas guerreras no son los únicos modelos épicos de Occidente. Las hazañas pacíficas, nos dicen los historiadores de la disputa, pueden inscribirse también en la esfera de lo que Max Scheler considera la esencia misma de los valores heroicos: la consagración a lo superior. Nuestro tiempo, dice un historiador de nuestra época, debe estar excepcionalmente capacitado para valorar la gesta de aquellos pocos osados que emprendieron la tarea de enderezar el magno entuerto de las Indias. *Gesta*. El título de la historia moderna más importante sobre la disputa evidencia, por lo demás, la persistencia de la lectura épica de la discusión más famosa de la España del siglo XVI. Existen, sin duda, otras interpretaciones de la controversia, pero la que destaca sobre todas es precisamente aquella que la lee como uno de los episodios más admirables de una historia escrita sólo de modo fragmentario. La bella historia de la lucha por la justicia en América y España.

Los relatos que así ficcionalizan el debate sobre la conquista no se limitan, con todo, a revelar la gran epopeya olvidada o silenciada de la época colonial. La narración en clave épica es sobre todo la estrategia discursiva que permite otorgar sentido a lo narrado como lucha entre el bien y el mal, entre la verdad y la mentira, entre la justicia y la injusticia. El relato de Hanke, por ejemplo, es inequívoco en este aspecto. Las Casas, el “humanitarista” que quiere librar a su propia nación del error de creer que los indios carecen de las características esenciales de los hombres, es el portador de la verdad. Sepúlveda, el “humanista” persuadido de la licitud de aplicar en el Nuevo Mundo la doctrina aristotélica de la servidumbre natural, cifra la mentira, “pues el Creador de todos los seres no pudo despreciar estas gentes del Nuevo Mundo queriendo que carecieran de razón y haciéndolos como animales y salvajes de tal manera que pudieran ser llamados bárbaros, salvajes y brutos”.

Es posible decir hoy día que el recuerdo de la Gran Querella carece de toda importancia que no sea la puramente arqueológica, que la discusión sobre la *verdadera naturaleza* de los hombres del Nuevo Mundo ya no tiene sentido o que Las Casas y Sepúlveda, igualmente delirantes, estaban equivocados, “el primero haciendo imposible la colonización, y el segundo, permitiendo que floreciera bajo un sistema tiránico” (Ramón Menéndez Pidal). Ni mimesis colonial de la imaginaria disputa entre “Tweedledum y Tweedledee” ni puro pasado sin ninguna relación con el presente. La trágica historia americana irrisiona todo intento de borrar la contemporaneidad del debate cifrado en la oposición Sepúlveda-Las Casas. Lo pedido entonces



G. de Sepúlveda



B. de Las Casas

por el profeta que interpreta la auténtica *conciencia humana* que se rebela contra la injusticia no es un recuerdo del pasado. Es un recuerdo del porvenir. No otro parece ser el sentido de la interrogación que concluye el mencionado libro de Lewis Hanke: “¿No podríamos ver en la disputa de Valladolid otro ejemplo más del hecho de que parte de la historia antigua es historia contemporánea?” Controversia incuestionablemente significativa, en efecto, para la comprensión de nuestro lugar en un largo proceso de occidentalización cuyas consecuencias económicas, culturales y filosóficas son todavía hoy materia de debate apasionado: ¿Fuimos la primera *periferia* de la moderna Europa?, ¿hasta dónde Latinoamérica es parte de Occidente?

Voz de Sepúlveda: “¿Cómo hemos de dudar que estas gentes tan incultas, tan bárbaras, contaminadas con tantas impiedades y torpezas han sido

justamente conquistadas por (...) una nación humanísima y excelente en todo tipo de virtudes?”. La brevedad de este artículo impide detallar las cuatro razones que permiten a este admirador de Aristóteles justificar la guerra en contra de los indios con el objeto de cristianizarlos: (1) los indios son bárbaros, (2) cometen crímenes en contra de la ley natural, (3) apresan y matan a personas inocentes, (4) la guerra contra los infieles prepara la predicación de la paz. La misma exigencia de síntesis vale para las refutaciones de su oponente. Destacamos sólo las más relevantes: todo castigo presupone que existe jurisdicción sobre la persona que lo recibe. Los españoles carecen de jurisdicción sobre los indios y, por ende, no pueden castigarlos. El único modo de atraer a todos los pueblos a la fe verdadera es la predicación sin guerra, sin armas. La calumnia sobre la inferioridad natural de las naciones indianas es el “nuevo modo” inventado por los conquistadores para encubrir de alguna manera sus injusticias. La verdad es que muchísimos de aquellos hombres pueden gobernarnos ya en la vida monástica, ya en la económica y ya también en la política. Más todavía: “pueden dominarnos con la razón natural”.

La humanidad es una. Todas las naciones son naturalmente libres. La razón es común a todos los hombres. “Conquistar, término que muchos tiranos usan, no es sino ir a matar, robar, cautivar, y sujetar...”. Así como no existen diferencias naturales en la creación de los hombres, así no existe diferencia en la oportunidad de salvación para todos ellos. Hay sin duda una palabra que define este pensamiento de Las Casas en el mundo del sonido y la furia colonial del siglo XVI. Es la palabra *anacronismo*. Ella contiene la clave tal vez más valiosa para comprender por qué hoy narramos (nosotros incluidos) la controversia de Valladolid ficcionalizando la figura del defensor de los indios, y no la de su oponente, como portadora de la *verdad* sobre la conquista del Nuevo Mundo.

Las ideas de los profetas que interpretan la voluntad de los dioses, dice Alejandro Lipschutz en su fascinante ensayo sobre el dominico, son siempre un anacronismo, singularmente cuando los profetas se empeñan en interpretar la voluntad de los dioses basándose en el conocimiento verdaderamente científico de las cosas presentes, pretéritas y futuras. Dicho anacronismo explica, por otra parte, la contrariedad de los contemporáneos, su tendencia a estigmatizar el pensamiento de los profetas como signos de “febril delirio”, “irresistible propensión patológica”, “ilusionismo extravagante”. Este es precisamente el caso de Bartolomé de las Casas. Sus ideas y su acción son sin duda anacrónicas en el siglo XVI, pero proféticas. Sus “delirios profetísticos”, como lo infama Ramón Menéndez Pidal, interpretan fielmente la “voluntad de Dios”, aunque tales ideas se verifiquen sólo en tiempos venideros.

Los rumbos étnicos de nuestro tiempo han aprobado plenamente, en efecto, el pensamiento lascasiano. Así lo testimonia, por ejemplo, la primera



afirmación de las *Propuestas sobre los aspectos biológicos de la cuestión racial* establecidas en 1964 por 22 expertos internacionales reunidos por la UNESCO: “Todos los seres humanos hoy vivientes pertenecen a una misma especie, llamada *Homo sapiens*, y proceden de un mismo tronco. La cuestión de cómo y cuándo se han ido diversificando los diversos grupos humanos sigue siendo controvertible”. Lipschutz tiene razón: las ideas de Las Casas sobre la *horrible* servidumbre de los indios, sobre las *detestables* guerras coloniales, sobre la *inhumanidad* de la conquista, no tienen nada que ver con la paranoia. Corresponden, por el contrario, a una visión profética de los rumbos étnicos predominantes de nuestro tiempo. Escasamente alguien dudará en nuestro tiempo que está en marcha el *renacimiento cultural de los indios en América Latina*. Y tampoco habrá duda, dice Lipschutz, de que Las Casas es su prócer, al lado de Montesinos, de Bernardino de Sahagún y tantos más

Múltiples son los ecos de la Controversia de Valladolid en España y América. Mencionamos sólo un caso famoso, entre otros muchos, del mismo siglo XVI: *La Araucana*. El lascasismo de Ercilla es evidente, por ejemplo, en su desmitificación de la guerra como “crueldad enorme”, “maldad”, “robo”, “injusticia”. El caballero cristiano que Neruda llama inventor de Chile da así forma poética a lo ya revelado en 1550 por el autor de la *Brevísima historia de la destrucción de las Indias*: la imposibilidad de conciliar la justicia con la conquista. La distancia irreductible entre la naturaleza del gran arte (epopeya: narración de lo admirable) y la índole inhumana del colonialismo: “¿Dónde está la piedad?”.



A. de Ercilla

B. TRES RECUERDOS DEL FUTURO

Pablo Oyarzún recuerda en *El dedo de Diógenes*, especialmente en la Primera Parte del libro, titulada “Historia, anécdota y filosofía”, la tradición según la cual una de las lecciones enseñadas por Diógenes fue que una gran porción de teoría puede ser desbaratada por una pequeña cantidad de hecho bruto. Es el caso, por ejemplo, del poder disolvente de las *historias insignificantes*, de esas *anécdotas impertinentes* (“suceso particular memorable” o “inscripción memoriosa de un suceso particular”) que en la práctica de Diógenes mismo constituyen verdaderos pequeños obstáculos que ocasionan el colapso de las grandes ideas filosóficas o de los grandes discursos del poder: Ejemplo: El cuento del diálogo entre Alejandro y Diógenes.

Deseamos hacer un ejercicio de interrupción escandalosa del relato del magno acontecimiento llamado DEBATE DE VALLADOLID mediante el recuerdo de tres historias narradas por textos coloniales de modo marginal, breve y fragmentario. Ellas transcurren antes y después del Debate de Valla-

dolid en distintos espacios coloniales, pero coinciden en cifrar tres intrusiones o irrupciones de lo inusitado, lo escandaloso y lo insignificante dentro de la secuencia solemne, trágica, monumental, grandiosa, dramática de la historia de la controversia de 1550.

B.1. HISTORIA DE GALVARINO (CHILE, SIGLO XVI)

Galvarino muere proclamando el fracaso del sueño europeo de *domar* Arauco sin resistencia: “¡Oh gentes fementidas, detestables, indignas de la gloria de este día! / Hartad vuestras gargantes insaciables / en esta aborrecida sangre mía, / que aunque los fieros hados variables / trastornen la araucana monarquía, / muertos podremos ser, mas no vencidos, / ni los ánimos libres oprimidos (*La Araucana*, Canto XXVI).

Las palabras de Galvarino, que por los mismos años del Debate de Valladolid muere maldiciendo a sus verdugos, son también las palabras de Neptuno, el negro de la colonia holandesa de Surinam que dos siglos después (1776) testimonia con su muerte la esencia antihumana del colonialismo (Fanon): “Manada de canallas salvajes (...) Nunca había pensado que iba a morir tantas muertes... Sin embargo, vosotros cristianos, habéis fracasado, y por eso no me importa, aunque tuviera que seguir aquí vivo un mes más”. El escocés John Gabriel Stedman, testigo y narrador de su martirio, es el doble de Las Casas y de Ercilla, avergonzado, como ellos, por el descubrimiento del verdadero lugar de la barbarie: “¡Ay de mí! Torturas. Potros. Látigos. Hambre. Horcas. Cadenas. Invaden mi mente; aterrorizan mis ojos oscurecidos por lágrimas; provocan mi furia y arrancan un suspiro sentido en lo más hondo de mi ser; siento vergüenza y me estremezco con este tema maldito” (John Gabriel Stedman, en Price, 1992, pp. 38).

Galvarino y Neptuno. Siglos XVI y XVIII. Las historias insignificantes, las pequeñas anécdotas que así interrumpen la *gran historia* son el reverso escandaloso mismo del Debate de Valladolid. Irrisionan la controversia, muestran su inanidad, someten a juicio a los jueces, muestran lo que los poderes coloniales no pueden admitir, lo que los jueces de la nación colonial no pueden descubrir: la imposibilidad de conciliar la justicia con el colonialismo. “Ahora, resulta increíble cómo puede la naturaleza humana –en nombre de Dios– sufrir tanta tortura con tanta fortaleza, si ello no es una mezcla de ira, desprecio, orgullo y esperanza de alcanzar un lugar mejor, o de, al menos, verse librados de esto, porque verdaderamente creo que no hay infierno para los africanos peor que éste”. Desprecio, ira, orgullo, esperanza. Estas palabras son de Stedman, pero bien pudieran ser de Ercilla, el poeta soldado que testimonia una (in)disimulada admiración por





Monvoisin: "El naufragio de Elisa Bravo". Museo de Talca.

Galvarino en el mismo relato que lo llama bárbaro infernal: "No es bien que así dejemos en olvido / el nombre de este bárbaro obstinado, / que por ser animoso y atrevido / el audaz Galvarino era llamado" (Canto XXII).

B. 2. HISTORIA DE DOÑA ANGELA, LA CAUTIVA QUE NO VOLVIÓ

El *Compendio de las Memorias*, escrito probablemente por el mismo Jerónimo de Quiroga y publicado en 1878 en el Tomo XI de la Colección de Historiadores de Chile, dibuja la perturbadora figura de doña Angela, la cautiva que proclama de modo ostentoso la abundancia de "amistades perniciosas" nunca concebida por los jueces del Debate de Valladolid:



Monvoisin: "Elisa Bravo en la ruca del cacique". Museo de Talca.

Abundaban estas ciudades perdidas de mujeres blancas, hermosas i de calidad, i habiendo quedado las mas cautivas, fueron el cebo de la lascivia de los bárbaros, quienes al principio con violencia, i despues con voluntad, se hicieron dueños de todas, i sus hijos son los enemigos mas implacables de los españoles. Estas cautivas, como el trato muda costumbres, luego se conformaron con su suerte, i les parecio lo feo hermoso, i lo asqueroso aliñado, tanto, que habiendo sacado a algunas del barbarismo, clamaban por volver a él, i hubo quien se volvió a los indios huyendo de los españoles; i en comprobacion de esto, dice en su manuscrito Jerónimo de Quiroga lo siguiente: "Estando de paz alojado en la Imperial, pasó por mi toldo una mujer blanca, i yo como novicio le pregunté qué hacía. Respondióme en castellano que andaba paseándose: preguntéle quién era, i díjome que su nombre era doña Anjela, que era cristiana i española cautiva; omonestéla se

quedara con nosotros, i la sacaríamos del cautiverio, se enojó, no quiso hablar mas, i se iba. Yo, viendo aquello, la reconvine se la llevaria el diablo, i la agarré; pero mis compañeros se echaron a reir, i ella se marchó burlándose de mí" (*Compendio* 1878: 133-134).

Bernal Díaz del Castillo, por su parte, descubre el doble masculino de doña Angela en la *Verdadera de la conquista de la Nueva España*:

Y caminó Aguilar adonde estaba su compañero, que se decía Gonzalo Guerrero, en otro pueblo, cinco leguas de allí, y como le leyó las cartas, Gonzalo Guerrero le respondió: "Hermano Aguilar: Yo soy casado y tengo tres hijos, y tiénneme por cacique y capitán cuando hay guerras; idos con Dios, que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas. ¡Qué dirán de mí desde que me vean esos españoles ir de esta manera! Y ya veis estos mis hijitos cuán bonicos son. Por vida vuestra que me deis de esas cuentas verdes que traéis, para ellos, y diré que mis hermanos me las envían de mi tierra". Y asimismo la india mujer del Gonzalo habló a Aguilar en su lengua, muy enojada, y le dijo: "Mira con qué viene este esclavo a llamar a mi marido; idos vos y no curéis de más pláticas". Y Aguilar tornó a hablar a Gonzalo que mirase que era cristiano, que por una india no se perdiese el ánima, y si por mujer e hijos lo hacía, que los llevase consigo si no los quería dejar. Y por más que le dijo y amonestó, no quiso venir (Capítulo XXVII).

¿Dónde reside el poder colapsador, disolvente, de la historia de doña Angela, y su doble, la historia de Gonzalo Guerrero? ¿Por qué esta anécdota pareada (hecho bruto) desbarata la gran porción teórica del Debate de Valladolid? Ni uno ni otro polemista, ni Sepúlveda ni Bartolomé de las Casas, descubre el mundo indio como el *otro lugar* de un europeo. Sólo se puede ser *verdaderamente* feliz (sentido civil y religioso) dentro de la república cristiana. Poseer entre los "bárbaros" el bien "máspreciado" (Aristóteles) de todos es impensable. Jerónimo de Quiroga silencia las palabras escandalosas de doña Angela. Las convierte en bramidos inarticulados. Dos cautivas del siglo XIX que se niegan a ser liberadas descifran, con todo, la palabra inconcebible: Una se llama Frances Slocum: "I am happy here". La otra se llama simplemente la india rubia de cuerpo ligero, como de cierva. Borges cifra así el escándalo de su mutación étnica "al revés" en "Historia del guerrero y la cautiva": "A esa barbarie se había rebajado una inglesa. Movida por la lástima y el escándalo, mi abuela la exhortó a no volver. Juró ampararla, juró rescatar a sus hijos. La otra le contestó que era feliz y volvió, esa noche al desierto" (*El aleph*).



B. 3. HISTORIA DE BARRIENTOS: EL PRIMER ESPAÑOL QUE ENTRA EN CHILE

Llegado que fue a Chile, le hicieron estos grandes agasajos, como a persona recomendada de su Rey, y que traía su borla real, dieronle cassas donde vivir, tierras para sembrar, y mugeres que le sirviessen, y demas de la recomendacion, que llebaba, la admiracion de ver a un hombre blanco, con barbas y tan diferente de ellos, les causó grande estima y veneracion. Barrientos viendose ya apartado de los españoles, en tan lexas tierras, donde jamas pensé verlos, ni que le viesen, tan estimado de los indios, tan seruido de todos, y tan señor de sus voluntades, para hacerse mas semejante a ellos, y ganarles mas la voluntad, renuncio al habito de español; y le consagro al templo, y adoratorio de los Ingas, con parte de sus armas, quedanse con sola la espada, vistiosse en traje de indio, pelose las barbas, como ellos usan, quedó descalzo de pie y pierna, y en todo se dio a la vida bestial de los indios, quedandole solo el nombre de christiano. Concurrio toda la tierra a la nouedad del caso, y venian de muy lejos para ver a un hombre tan estraño, y nunca visto, y hicieron para esto, y para su solemne recibimiento un parlamento general, y una fiesta muy solemne, con mucha chicha, y comida, a que concurrieron el Cacique Narongo señor de Maypu, y Michimalongo, y en esta ocasión se reconciliaron de algunos odios, que entre los dos auia, y les avian ocasionado algunas guerras (Rosales, 1989, pág. 316).

¿Cuál es el sentido de esta otra anécdota colonial? ¿Por qué desbarata la Gran Historia? Los sabios y solemnes jueces del imperio no emiten su veredicto sobre las interrogantes formuladas en el Debate de Valladolid. No descubren teóricamente cuál es la verdadera naturaleza de los indios. Sólo la descubre en “el suelo mismo” del Nuevo Mundo un español desconocido, anónimo, ignorante, insignificante, un ladrón desorejado: los indios son hombres racionales, poseen prudencia monástica, económica y política. La *anécdota* desbarata en este caso el mito mismo legitimador de la conquista: el mito de la inferioridad del indio. No sólo eso. La historia del primer español que entra a Chile es también la historia del primer aindiado de Chile. Testimonia la mutación étnica inconcebible entre los querellantes de Valladolid: la metamorfosis nunca nombrada por Las Casas o Sepúlveda. El escandaloso devenir indio del europeo. El “gusto de estar entre los bárbaros” reprimido como apostasía por los poderes coloniales. Un oasis etno-histórico, en síntesis, en que se concentra lo que la Conquista no puede ser: encuentro pacífico con los *otros* de Occidente. Fascinación por la “vida bestial” de los hombres del Nuevo Mundo: “para hacerse mas semejante a ellos, y ganarles mas la voluntad, renuncio al habito de español (...) y en todo se dio a la vida bestial de los indios”.

C. DIÓGENES EN EL NUEVO MUNDO

Las intrusiones aquí señaladas son tres. Pueden ser muchas. Sus efectos son, sin embargo, semejantes. Se trata siempre de historias que parecen adquirir sentido como obstáculos que se interponen en la erección de toda Historia con mayúscula, de toda memoria monumental. Empleamos la palabra *obstáculo* como la define Pablo Oyarzún en el mencionado libro *El dedo de Diógenes*:

Un obstáculo, un escollo quizá: no una roca, sino mejor un pedrusco, una arenilla, un cuesco, nimiedad en que debe naufragar y hacerse trizas la Historia, a menos que lo que a fin de cuentas pase sea que ésta se promueva tácitamente a partir de tales migajas: las anécdotas no serían sino las trizas, las tiras de la historia. (Por eso mismo su reverso) (1996, pág. 171).

Escollos que convierten la representación de hazañas memorables (Cortés, Valdivia, Gómara, González de Nájera) en figuración de la forma de los muertos (Ercilla, Stedman). Pedruscos que desvanecen el espejismo heroico de la conquista del Nuevo Mundo. Cuescos que señalan el verdadero lugar de la barbarie: "Paréceme que siento enternecido / al más cruel y endurecido oyente / de este bárbaro caso referido" (Ejecución de Caupolicán, *La Araucana*). Nimiedades que revelan lo que el orden colonial reprime y silencia: las amistades perniciosas, el gusto de estar entre los indios: "Yo soy feliz aquí". Arenillas donde, "sea dicho con toda franqueza, Gonzalo Guerrero y los otros pobres soldados españoles que transmigran al bando indio, y con eso ascienden a capitán, obedeciendo ellos a las duras exigencias de sus humildes circunstancias sociales, son moralmente más honorables que los indios colaboracionistas y que los mismos Cortés y tantos otros" (Lipschutz 1967:332). Tiras de una historia de resistencia: esa *anécdota* bellamente poetizada por Leonel Lienlaf en *Se ha despertado el ave de mi corazón*. Ese *obstáculo* que impide la erección de una historia monumental de la Conquista: Lautaro no está en los infiernos donde fue enviado por Ercilla y los cronistas chilenos. Anda cerca de la vertiente bebiendo el agua fresca, buscando a su gente para luchar con el *espíritu y el canto*.

BIBLIOGRAFÍA

- ANTILLANCA, ARIEL Y CÉSAR LONCON. *Entre el mito y la realidad. El pueblo mapuche en la literatura chilena*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 1997.
- CONCHA, JAIME. "Réquiem por el 'buen cautivo'". En *Hispanamérica*, N° 45, 1992, pp. 3-15.

- FOUCAULT, MICHEL. *La vida de los hombres infames*, Madrid, Las Ediciones de la Piqueta, 1990.
- _____. "Nietzsche, la genealogía, la historia", en *Microfísica del poder*, Madrid, Las Ediciones de la Piqueta, 1980.
- HANKE, LEWIS. *La lucha por la justicia en la Conquista de América*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1949.
- _____. *La humanidad es una*. México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
- LEVINAS, EMMANUEL. *Entre nosotros. Ensayos para pensar en otro*. Buenos Aires, Pre-Textos, 1993.
- LIPSCHUTZ, ALEJANDRO. *El problema racial en la conquista de América y el mestizaje*. Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1967.
- MIGNOLO, WALTER. "La razón colonial: herencias coloniales y teorías postcoloniales". En Alfonso del Toro (ed.), *Postmodernidad y postcolonialidad. Breves reflexiones sobre Latinoamérica*, Frankfurt am Main, Vervuert Verlag, 1997, pp. 51-70.
- OYARZÚN, PABLO. *El dedo de Diógenes*. Santiago de Chile, Dolmen Ediciones, 1996.
- PRICE, RICHARD. "Encuentros dialógicos en un espacio de muerte". En Varios, *De palabra y obra en el Nuevo Mundo. 2 Encuentros Interétnicos*, México, Siglo XXI Editores, 1992, pp. 33-62.
- QUIROGA, JERÓNIMO DE. *Compendio histórico de los más principales sucesos de la conquista y guerra del Reino de Chile*. Santiago de Chile, Colección de Historiadores de Chile, Tomo XI, Imprenta de la Librería de El Mercurio, 1878.
- TRIVIÑOS, GILBERTO. *La polilla de la guerra en el reino de Chile*. Santiago de Chile, Editorial La Noria, 1994.
- _____. *La metamorfosis del rostro del bárbaro en los relatos de cautiverio del Reino de Chile (Siglo XVII)*. Proyecto FONDECYT 1990-2000.

